

Lo curioso es que Reyes, tan al corriente y en la corriente, no refleja en su obra poética el gusto por la poesía que defiende y define en prosa: Mallarmé, Valéry y Góngora, el de las *Soledades*.

Puede más en el regiomontano —¡qué sabor gongorino en ese gentilicio!— la fuerza del idioma que lleva adentro. Y en su correr, si de influencias se tratara, ya dije que sería más visible la del más natural de los poetas españoles: Lope, o la del otro Góngora, el de las letrillas.

Es curioso cómo este erudito, este desentrañador del don Luis más fragoso y difícil, venga a practicar la más sencilla y clara de sus maneras. La razón está en el gusto: en el bueno. Porque por muy extraordinaria que sea la poesía churrigueresca de Góngora tendrá como el surrealismo más tarde, cierta parte de mal gusto intrínseco (jesuíta y romántico) que había de repugnar a un espíritu mediterráneo y (clásico) como el de Alfonso Reyes. (Véanse, a este respecto algunas de las *Notas de Romances de Río de Enero: El romance nos transporta a la mejor época de la lengua, etc.*).

Junta de sombras

SIEMPRE me ha parecido que tenían mucho en común los ingenios de Alfonso Reyes y Juan Valera. Ambos de buena familia, ambos eruditos, ambos diplomáticos, académicos, amigos de la buena mesa y de las buenas mozas, ambos eclécticos —con su buen tinte epicúreo— ambos longevos, ambos de mucho publicar, “equilibrados y de buen gusto” (*Fitzmaurice-Kelly*). “El más culto, el más helénico, el más regocijado, y delicioso de nuestros prosistas amenos y el más clásico, o más bien el único verdaderamente clásico de nuestros poetas. La alegría franca y serena y el plácido contentamiento de la vida nadie los ha expresado en castellano con tanta audacia y al mismo tiempo con tanta suavidad y gracia ateniense...” —como es sabido que dijo don Marcelino del poeta egabrense, y nada refleja mejor cierta parte de Alfonso Reyes.

Veamos lo que dicen de Valera algunos otros, pidiendo perdón por tanta cita: “Quedaré como uno de los maestros de la lengua contemporánea: su estilo, de una pureza clásica, y sin embargo, sin afectación de arcaísmo, puede ser considerado como tipo acabado del castellano moderno” (*Ernest Merimée*). “La lectura de los clásicos, antiguos y modernos, contribuye a la elaboración de un estilo, que adquiere tersura y elegancia, aparente facilidad y sencillez, siendo fruto maduro de la reflexión y el estudio” (*Valbuena y Prat*). “Se distinguió Valera por su buen gusto natural; por su conocimiento de idiomas clásicos y modernos; por su amor a la claridad, por su inmensa lectura, derivada de su curiosidad por saber. Fue un verdadero humanista, como los del Renacimiento; un espíritu académico, en quien el cerebro y la inteligencia dominan sobre el corazón y la sensibilidad”. “Por su estilo casi perfecto, la exactitud en la descripción, la medida, el equilibrio, la sencillez, la alegría y la serenidad, que suelen considerarse paganas, Valera es clásico; por la tendencia epigramática, la ironía de la frase y el escepticismo ameno, Valera es un ‘ingenio’. No se adaptó a las tendencias nuevas de su tiempo (romanticismo, naturalismo), que no le gustaban. No llegó a ser popular, siendo su público un núcleo selecto y culto”. (*Hurtado y González Palencia*). “No sobresale ni por el color ni por el sentimiento; pero aventaja a todos en las dotes que manan de la pura inteligencia: el juicio sano, perspicaz y certero, el razonamiento sutil, deslindador las más veces y analítico, sintético a sus tiempos, y altamente comprensivo; el rarísimo sentido común que le lleva a buscar los más naturales argumentos y a exponerlos con evidencia maravillosa; el más acendrado gusto, cuando de literatura erudita se trata; la ductibilidad y acomodo o el ningún dogmatismo y aun sobrado escepticismo; la bondadosa anchura de mangas y cortesana transigencia en gustos y doctrinas; el arte supremo de la amenidad; la finura de la más socarrona azucarada ironía”. (*Cejador*). “Poseía las cualidades del clasicismo helénico: sencillez, optimismo, un buen gusto impecable, serenidad y perfecta armonía en

los varios elementos de la composición literaria". (*Romero-Navarro*).

¿Hay quién dé más? Otra correspondencia de Alfonso Reyes con Valera es su ídem. Hombres cordiales, de largo platicar con sus amigos, tanto uno como otro aprovecharon sus ocios en describir cuanto les rodeaba, para dar a conocer sus reacciones frente a las últimas noticias, a los últimos libros. Literatura al día, que se juega el albur de su permanencia al gustoso calor de la amistad.

La Iliada traducida

NO incluye el volumen que me lleva de la mano la traducción de *La Iliada* (los nueve cantos primeros), publicados en 1951. Sin embargo, quedaría manco este esbozo si no me refiriera a ella —y no a su claro resultado sino al motor que llevó a Reyes a enfrentarse con tamaña tarea en los años subsiguientes a la segunda guerra mundial.

Es posible —y probable— que su gusto por Grecia, sus estudios, sus lecciones le movieran a ello, pero tengo para mí que le empujó algo más hondo.

Nada de lo que hace el hombre en su vida —y con su vida— carece de alguna parte de razón. La resolución del tema de *Ifigenia* correspondió —en los 20— a empujes personales, el traducir *La Iliada* —en los 50— a otros de más universal criterio. (Siempre habla uno por lo que le parece).

La Iliada es la guerra, la fatalidad de la guerra. *La Iliada* es violencia, y en nuestro tiempo de violencias, tal vez por horror de ellas, fue escogida. La vida de Reyes —como la de todos los de su edad— está bajo el signo de la violencia, pero los europeos no conocieron la revolución mexicana, y la mayoría de los mexicanos no conocieron la guerra europea. Reyes sí. Y vivió, a pesar de la distancia, la guerra civil española más entrañablemente que otros, por muchas razones amistosas y familiares.

En el interregno de las dos guerras mundiales pudo refugiarse en la erudición; ni antes, ni después.

"Los héroes de Homero no son belicistas ni pacifistas. Son violencia y lo que sufre la violencia. En el mundo de Homero, como en el de Platón, sólo se puede imponer o sufrir la injusticia" (*J. Wahl*). Allí "el sentimiento de la miseria humana es una condición de la justicia y del amor" (*Simone Weil*).

Tal vez podrían jugar aquí las razones que apartaron la generación de Reyes de la filosofía de Nietzsche para llevarlos de la mano hacia Bergson y decantarse, en un mundo bárbaro, a desear un equilibrio clásico, que todavía no hacemos más que entrever. Para ello hay que pasar sobre muchos cadáveres: los que no faltan en *La Iliada*. Pero no voy a hablar aquí de la guerra de Troya: allí fue y aquí.

Homero en Cuernavaca

LO que apunto más arriba dalo en claro Alfonso Reyes en los últimos sonetos de ese *recreo en varias voces*. Recreo en su sentido estricto de volver a crear, de recrear la propia vida, única salida que nos queda cuando, pasados los entusiasmos de la juventud, se impone la melancolía, gran fuente perenne de la belleza humana:

*¿Si será que se vive solamente
para ver alejarse las pasiones
y acaso la memoria diligente
es la más justa de las mediciones?*

En estos seis sonetos últimos vuelve nuestro hombre a repasar su vida:

*Era yo niño aún, era el primero
de mis arrojados en la poesía;
cuando, borrada y diáfana, al postrero
latido que la tarde difundía,
Casandra vino a mí...*

y la sombra eterna del padre:

Navegando la Iliada, hoy otra vez lo veo:

atado al recuerdo de *Mío Cid* (o de como se enlazan las épicas en la mente), mientras no se puede disipar

el tufo de la guerra y del saqueo.

y, en seguida, la confesión de parte:

*Por gracia o maldición —otro lo acierte—,
un patrimonio traigo en la memoria
de valentía y de dolor y muerte.*

y,

*a siglos de distancia la sangre es siempre una,
e igual es la congoja e igual es el contento.
Oh tierra que me diste la norma con la cuna:
a tu regazo —prenda de mi consentimiento—
de mis pacientes números confío la fortuna,
pues hallo que recogen tus quejas y tu acento.*

En las dos construcciones humanas que están a la base de la cultura que hoy maldamos en llamar occidental, la *Iliada* y el *Antiguo Testamento*, están ya implícitos el clasicismo y el romanticismo. De la *Iliada* —de Grecia— está impregnado Alfonso Reyes desde sus principios, mientras que la Biblia no parece haber hecho mella en su formación. (12)

La belleza era la desembocadura fatal del mundo griego, la única salida del bien; mientras Job es quizá el ideal estético del otro mundo. El poeta romántico tiene siempre algo de profeta, vive en el recuerdo y en el futuro. El poeta clásico es el hombre del día: el que quiere la justicia en este mundo.

Grata compañía

CADA quien es ajeno a cien mieses. Este que no lo es ¿quién es?: Alfonso Reyes, el que da. No es tanto de agradecer como a primera vista parece: es el que más recibe.

Ancho, lucido, pequeño, sonriente. Raíz abierta. Cepa, raigambre. Tan cerca de la tierra que todo huele a sonrisa. Palo de

(12) A este respecto: el muy sugestivo librito de Rachel Bepaloff, *De Iliade*.

rosa. Arraigándose en cualquier parte del mundo por sus fibras más finas y recias (cada vez que se trasplanta traen sus raíces cuajos de la tierra que sea). Regalo de Dios para quien quiera oírle, aun cuando se pone triste. Voz de pluma, rábano rosa, tan hombre. Abierto y alerta a los vientos del cuadrante que sea. Criba y savia. Ventana, o mejor, torre, mirador. Algo así como un observatorio (al menor descuido se abre y saca el telescopio).

Con su prosa por los lados y sus versos por adentro:

*Escojo la voz más tenue
para maldecir del trueno.*

Gran cazador sonriente y dadivoso, ya decía, en 1910:

*en malos tiempos vivimos
pues que reír no es prudencia*

Sabe, y no sueña. Conoce y no imagina. Tiene la lengua consigo y le da el valor que desea. Hiende un pelo en el aire con el filo de la intención. Entiende y no se figura. Inventa las figuras como adorno del recuerdo. No se le esconde más que lo que deja adrede, en las espeluncas. “Con su saber conoce” —como Job—. Lo cual es mucho más difícil de lo que parece.

Sensual y cortesano, tan mexicano. Y fino como el oro. Este hombre a quien las menos cosas son ajenas.

Dícenle “humanista”, para acabar con él; o “erudito”. Todo porque no echa en el papo del olvido lo que halla en los libros.

Enseña de la única manera que debiera valer: abandonándose, tal como él mismo dijo de Santa Teresa: *A veces toma la pluma como cosa boba*. ¿A qué o a quién recurrir si no?

Alfonso Reyes sabe mil cosas de ver, oír y callar. Sabe, de sabor. Sabe, de lengua. Sólo el que disfruta puede hablar bien de lo que conoce.

Este don Alfonso de todos los corazones, galería, mirador, raíz redonda, gloria de todos, más de una vez se retrató, como cualquier

gran pintor, en la esquina de sus frescos. Nadie, ahí sí, tan franco:

*Para imitar al Indefrente
de Watteau, resuelto sanguíneo
y regordete, y para cubista
¡me sobran tantas curvas líricas!*

.....
*Harto estoy ya de mis recursos
y funesta facilidad*

.....
*que estoy viejo de juventud
en este mundo sin pecados!*

("Conflicto")

(Aquí puede residir otro de los trágicos conflictos de Alfonso Reyes, "en este mundo sin pecados" —es decir sin pecado original— donde toda culpa tiene que recaer, sin expiación, sobre sus autores. Surge de este pozo un relente de culpabilidad personal que trasciende en una gran parte de la poesía elegíaca de Reyes).

*Hombre soy: traigo para tu regazo
frente con duelo y trabajadas sienas*

("Madre")

(Este segundo verso representa, en su magnificencia patética, cualquier gran cabeza esculpida, más que pintada, y ante todo la del autor, tal como se ve).

Y, más allá, ¿qué somos?

*... la delgada
disolución de un secreto*

("Apenas")

*—Los caminos de la vida
no llevan a donde voy*

("Cuatro soledades")

*Parece que de mí mismo
quiero huir, y no sé a dónde*

("Insomnios")

*hay prudencia en su locura
pero hay locura en sus ansias*

("El Peregrino")

(debe leerse: "hay prudencia en mi locura, pero hay locura en mis ansias"). Sin olvidar algunos versos de *Jornada en Sonetos*.

Jornada en sonetos

ESTOS poemas (*inéditos o por primera vez recogidos*) forman un todo bastante uniforme para sospechar que su autor los fue acumulando en busca de unidad. La fecha asignada, apurando las extremas señaladas (1912-1951), no lo es en puridad: un soneto de 1912, otro de 1917, alguno de 1936, de 1940, el resto, hasta cincuenta y seis, casi todos de 1947 a 1949 —tres de 1951.

Múltiples referencias literarias directas, para que nadie se engañe: Lope, Safo, Casanova, Byron, el Arcipreste, Horacio, Goethe, Bernis, Rousseau, Ibbico de Reggio, Mímmerno, Simónides, Calderón, Boscán, Lope, Goethe, Lope, para olvidarlas en tres sonetos clave: *Caricatura del hombre, Virtud del recuerdo, El verdugo secreto*,

*Me quise sobrio, me fingí sereno,
me dictaba sus máximas Horacio,
dormí velando, festiné despacio,
ni muy celeste fui, ni muy terreno.*

Tal vez este verso último, del penúltimo poema de su *Obra Poética*, especifique mejor que nada el valor personal y futuro de Alfonso Reyes, poeta de todas las horas, al que quizá sólo le faltaron las voces de la ignorancia.

Max AUB.

Cuadernos Americanos,

México, Vol. XII, No. 2,

Marzo-Abril de 1953.

Págs. 241-274.